

ANDRÉ MALRAUX
EN LA GUERRA
DE ESPAÑA

COMPILADOR
PACO IGNACIO TAIBO II

ANDRÉ MALRAUX EN LA GUERRA DE ESPAÑA (PRÓLOGO)

Nacido al pie de la colina de Montmartre, en la parisina calle Damrémont, André Malraux se estrenó en el siglo XX, el 3 de noviembre de 1901. Autor de centenares de frases muy afortunadas, llegó a decir: “Casi todos los escritores que conozco recuerdan con cariño su infancia, yo odio la mía”.

Su real biografía se inicia al publicar *Lunas de papel*, bajo influencia del surrealismo. En 1922 parte hacia Camboya con su esposa Clara, en una misión arqueológico-cultural, para explorar las ruinas de Angkor. Durante este viaje es detenido y acusado de transportar relieves del templo de Banteay Srei en un bote. Las autoridades francesas lo condenan a tres años de prisión, mas obtiene su liberación gracias a la presión de varios intelectuales. Muchos años más tarde dejaría testimonio en una novela: *La Vía real*, sobre la experiencia camboyana y mucho más, el sexo, el calor, la aventura, Asia, el sentido de la vida.

Asia lo ha cautivado y regresa para fundar un periódico en Saigón. Dirá: “Toda mi experiencia revolucionaria tiene por origen el colonialismo y no el proletariado”.

Promotor de movimientos políticos de liberación no sólo en Indochina sino en el resto del sureste asiático, entable relaciones con el ala izquierda del Kuomitang y Sun Yat Sen, el padre de la República china.

Sus vivencias y el trato con muchos de los personajes centrales de la historia, a los que conoció durante aquellos años, proporcionarían el material para las dos grandes novelas de André Malraux: *Los conquistadores* (publicada en 1928) y *La condición humana* (editada en 1933) con la que ganaría el premio Goncourt. Sorprende la intensidad de las novelas que serán leídas como novelas periodísticas, literatura de acción y reflexión política.

En *Los conquistadores* el centro de la narración son las huelgas generales de Cantón y Hong Kong en 1925 contra el imperialismo británico y la intervención de la internacional comunista apoyando a Sun Yat Sen, la presencia en la novela de los asesores soviéticos Borodin y el general Gallen (realmente el jefe del Estado Mayor del ejército insurgente Vasily K. Blücher) o de Hong el anarquista.

En 1927 se produce la ruptura entre nacionalistas de derecha y comunistas y comienza la segunda fase de la revolución China. Malraux vuelve a estar presente y queda profundamente conmovido por las matanzas de Hong Kong y Shanghai. Seis años después, el mismo año del ascenso al poder de Hitler, publica *La condición humana*. Trotski dirá que nuevamente sus temas son “la vida y la muerte, el amor y el heroísmo, la individualidad y la sociedad”.

Luego se restablece en París. Escribe: “Mi vida no está en el pasado, está delante de mí”. Comienza a volar como piloto. En marzo de 1934 realiza una expedición en avión a Yemen. Durante una semana a la búsqueda del mítico palacio de la reina de Saba, la tan mencionada amiga del rey Salomón, dueña de las más legendarias minas. El resultado será un libro breve: *La reina de Saba. Una aventura por el desierto de Yemen*.

En 1935 escribe y publica una breve novela sobre los campos de concentración nazis, *El tiempo del desprecio*.

Estalla la guerra de España. Días después, el 20 de julio de 1936, André Malraux llega a Barcelona, viaja a Madrid, se entrevista con el presidente Azaña y otros ministros. Propone la creación de una escuadrilla internacional de aviones de caza y bombardeo. Logra un primer acuerdo con el gobierno, recluta pilotos, consigue aviones. Se alistán pilotos exilados italianos, franceses, belgas, norteamericanos. La llamada escuadrilla España llega a contar con ciento treinta pilotos y mecánicos y Malraux recibe el grado de teniente coronel del ejército republicano español.

El 16 de agosto de 1936 la escuadrilla entra por primera vez en combate en la afueras de Medellín, bombardeando una columna franquista, cuatro días después, el 20 de agosto, derriban dos aviones nacionales.

Aunque nunca tuvo en el aire más de once aviones, la mayoría de ellos Potez franceses, un biplano que podía llevar siete tripulantes en los bombardeos — fabricado en Francia entre 1926 y 1934 —, y los aviones de

caza —construidos en metal y madera—, que a pesar de su pequeño tamaño, tenían un potente motor que generaba una velocidad respetable, aunque para esos momentos comenzaban a ser obsoletos.

Hay una foto del personaje a lado de un Potez, alto y delgado, rostro afilado, lampiño, narizón. André Malraux: casco de vuelo y antiparras en la mano, con el largo abrigo de cuero con cuello de borrego negro y mirada extraviada, ¿tiene sueño?

A pesar de la extremada popularidad del francés, la otra figura de la aviación republicana y también narrador, Ignacio Hidalgo de Cisneros, autor de *Cambio de rumbo*, un aristócrata que se ha sumado al Partido Comunista, no lo quiere, le parece fanfarrón, figurín.

En noviembre del 36 Francia se ha sumado a la no intervención, mientras los nazis alemanes y los fascistas italianos se han volcado de lleno en apoyo al franquismo. Cuatro columnas rebeldes avanzan sobre Madrid. La escuadrilla se disuelve e integra al ejército español republicano.

Gran constructor de frases, Malraux diría: “He aprendido que una vida no vale nada, pero también que nada vale una vida”. Regresa a París, pero continúa colaborando con la República española, escribe lo que sería su novela más famosa, *La esperanza* (1938), una voluminosa obra. ¿A qué horas ha logrado, en medio de batallas políticas y diplomáticas, sacar tiempo para la manufactura de un manuscrito que en español tiene 560 páginas?

Al estallar la Guerra Mundial se moviliza dentro del ejército, tiene 38 años, es herido en 1940 y se

fuga. Al rendirse Francia, a partir del 42 se integra a la Resistencia, con el seudónimo de coronel Berger. En 1942 participa en voladuras de trenes alemanes en la región de Toulouse. Es arrestado por los nazis en el verano del 44. Liberado por los aliados, se suma al ejército francés libre que colabora en la campaña del Ródano como jefe de una brigada, la Alsacia Lorena, de mil quinientos hombres; nuevamente es herido, participa en misiones infiltración tras las líneas alemanas.

Lamentablemente esa novela no será escrita.

Seguirá su adhesión a de Gaulle, un triste paso como ministro con su momento más oscuro en su posición contra el movimiento de mayo de 68. Editará en 1967 sus *Antimemorias* y morirá en noviembre de 1976.

Resulta terrible que en México las novelas de Malraux sólo puedan conseguirse por internet a precios exorbitantes; alguna en más de mil pesos. Afortunadamente se pueden encontrar ejemplares sueltos en librerías de usado.

Paco Ignacio Taibo II

Enero 2019

* Los textos de esta antología han sido tomados de: André Malraux, "Esta es la guerra", *Collier's*, 29 de mayo de 1937; Julien Seignaire, "La escuadrilla André Malraux", *Magazine Littéraire*, septiembre 1973; André Malraux, "Forjando el destino del hombre en España", *The Nation*, abril 1937; Pierre Drieu la Rochelle, "Malraux, el hombre nuevo" (NRF), diciembre 1930. Algunas referencias bibliográficas: Olivier Todd, *André Malraux: una vida*; Paul Nothomb, *Malraux en España*; Pierre Galante, *Malraux* y Prólogo de Lisandro Otero a la edición cubana de *La condición humana*.

MALRAUX, EL HOMBRE NUEVO

(Publicado en NRF, diciembre 1930)

PIERRE DRIEU LA ROCHELLE

Hace dos años que Malraux apareció en el horizonte europeo. Que se lo haya conocido o estimado desde el primer momento en Alemania y en Rusia tanto como en Francia, es un ejemplo más de cómo se amplían todas las audiencias, una prueba de que lo humano desborda las fronteras.

Para los escritores hay dos tipos de internacionales: la internacional de lo pintoresco y la internacional de lo humano. Hay escritores que interesan a varios públicos a causa de lo que hay de específico en ellos o en lo que estudian — país, raza o clase. Hay otros que apasionan a todos los lectores porque su tema es la esencia del hombre.

En Malraux hay pintoresquismo: revolución china, jungla indochina; hay quizá también un rasgo específico francés u occidental. Pero hay, sobre todo, lo humano.

Malraux, hombre nuevo, plantea un hombre nuevo. El hombre eterno en una de sus épocas, el hombre ante sus problemas constantes: la acción, el sexo, la muerte, rejuvenecidos por un nuevo momento histórico. Cada generación produce hombres de esta especie que van a las cuestiones esenciales por los caminos más directos y más cortos. Los ociosos discuten si son románticos o clásicos, si son novelistas o si no lo son, si escriben o no según las reglas. Pero los lectores hambrientos, sin tergiversar, se abalanzan sobre ellos. Estos hombres se expresan con los medios al alcance de su mano, poco importan cuáles son. El método que emplean para servirse de estos medios es siempre el mismo: un método brutal y astuto. Más brutal que astuto.

Los defectos de Malraux me hacen sentir en él al hombre elemental, ocupado con las dificultades más gruesas y elementales; es un escritor nato con sentido del estilo, con garra. Y sin embargo tiene un enorme defecto: su concisión, que a veces lo hace parecer oscuro. Es un novelista y sin embargo sólo mostró algunos de los recursos del novelista; en cambio mostró sus dotes de cuentista de manera completa y admirable. Sus novelas son relatos rápidos, envolventes, pero estrechos y lineales. Pero en que Malraux no sea el amo de esta situación actual, veo la garantía de que es un hombre, de que en él la función de escritor se subordina a su preocupación por ser ante todo un hombre.

La vida es corta y hay mucho que hacer. Para convertirse en un escritor impecable, según la tra-

dición, son necesarios años de estudio. Esta lengua muerta, la lengua francesa, exige para ser captada en su madurez perimida una paciencia de filólogo, y para ser un novelista completo, como los hubo en Inglaterra, Francia y Rusia del siglo XIX, es preciso esperar, recoger una larga experiencia de la vida y del arte.

Pero hay algo mucho más urgente para conocer que el arte de componer un libro o incluso el arte de componer una frase: la vida. Ya que en fin, no se vive para escribir y sólo se escribe porque es necesario escribir para vivir.

Es indudable que no se puede comprender y dominar la vida si no se dispone de un lenguaje sólido, de una sintaxis meditada, condición para un pensamiento firme. Sin embargo, ante todo, es preciso vivir.

Las necesidades elementales están aquí para obligarnos y a Dios gracias existen hombres que no pueden ni quieren eludir estas necesidades: el hambre, la sed, el amor, el deseo, la ambición.

Malraux busca y encuentra su equilibrio entre el hecho de ser hombre y un escritor. Si por el momento —y Dios sabe si se ha visto recompensado de inmediato por este arduo sacrificio, en la obra misma de este momento— sacrifica mucho de su perfección de escritor a su vivacidad de hombre, a la inversa elude realizaciones excesivamente completas y demasiado absorbentes en el terreno donde es más fácil hacer estallar esta vivacidad, en el ámbito de la acción exterior, de las aventuras y de las hazañas.

Malraux se lanzó al movimiento, movimiento hecho del pensamiento y de la acción conjugados. Pero desde los primeros momentos algo reaccionó en él, algo se defendió. Malraux buscó y encontró su medio entre la acción exterior llamada simplemente acción, y la acción interior llamada pensamiento. Así se aseguraba en él un destino que es el del artista pero no el de todos los artistas. Los modelos que puede invocar forman un grupo poco numeroso y singular.

Recorrió la especulación filosófica e histórica, el Asia, la Revolución. Rodará siempre en estas diversas provincias para renovar su botín, pero no establecerá su hogar en ninguna de ellas. ¿Político? ¿Arqueólogo? ¿Hombre de negocios? Es demasiado o demasiado poco para un hombre ¿escritor? nuevamente es demasiado o insuficiente.

Difícil y peligrosa posición. Pensad en Diderot, en Constant, en Stendhal, en Conrad. He aquí algunos que, como imagino de Malraux, no quisieron nunca o sólo quisieron tarde, una vez concluida la juventud, asumir la resignación de abandonarse sin retorno a la disciplina de una sola actitud, de una sola profesión. Conservaron despierta su curiosidad, no temieron permanecer abiertos a las más diversas solicitudes.

Es posible que hayan pasado lo mejor de su vida en un gabinete — como los demás — pero a diferencia de ellos, siempre quisieron mantenerse en un estado de disponibilidad, de atención. Es así como la obra de cada uno de estos en sus partes de confesión directa o de ficción confesional (*Sobrino de Rameau, Las con-*

fesiones, El cuaderno rojo y Adolphe, El rojo y el negro) ostenta una virtud directa e inmediata que no se encuentra en otras partes, una irremplazable virtud de humanidad práctica.

Es cierto que lo único que consiguieron ser de manera completa fue ser escritores. Si se toma un escritor al pie de la letra en sus esbozos de acción se encontrará materia de burla y de desprecio, pero se lo desconocerá. Los esbozos hacia la acción cometidos por un escritor, nunca florecen en gestas admirables (Stendhal dragón — Chateaubriand, viajero y rival de M. Villèle! — B. Constant en 1815, etcétera), pero son sin embargo, las garantías de su humanidad.

Ignoro qué hizo Malraux en Asia, ni a qué se dedicó allí. Pero sé que tanteó varias cosas, entre ellas estos tres libros que constituyen una meditación palpitante. A través de ellos el hombre se despoja de su intelectualismo para quedar poco a poco al desnudo convertido en un hombre de carne y hueso.

El primer libro: *Tentación de Occidente*, era un ensayo, un ensayo de juventud, de la juventud más brillante y mejor dotada. Pero un exceso de complacencia impedía la decisión. Se percibían las influencias envueltas en un estilo trabajado, demasiado prudente para ser eficaz. (Hubo en Malraux un esteta del vigésimo año no del todo muerto. Testimonio de esto es *Royaume farfelu*, compendio de poemas en prosa con aroma a opio literario).

Luego, *Los conquistadores*, primer hijo nacido de la unión entre el pensamiento y la acción. Con *Los conquistadores* Malraux se impuso.

Una novela sólida planteada sobre bases seguras, pero estrecha, construida hacia lo alto. Compacta con altibajos. Sólida en su base, oscilante en su extremo. Este año Malraux acaba de publicar su segunda novela. (Pero atención, este libro deja surgir un malentendido. No habrá que juzgarlo en sí mismo puesto que sólo es el prólogo de un ciclo: *Las potencias del desierto*, que abarcará dos o tres volúmenes. De manera que todo lo que tenga ganas de decir corre el riesgo de parecer caduco. Pero paciencia. Los críticos prematuros pueden por lo menos destacar por adelantado lo que parecerá necesario en los libros siguientes y que el autor no ha querido brindarnos de entrada).

La Vía Real no nos muestra otro tema ni otro procedimiento que *Los conquistadores*. Pero una mano que se había mostrado muy firme desde el principio, da muestra de mayor firmeza. Aun el relato sobre un tema más limitado, es verdad — una aventura aislada contra la naturaleza en lugar de una aventura mezclada con las masas — revela más fuerza y precisión que antes. Se desprenden dos o tres escenas con rasgos poderosos, inolvidables. En cuanto al estilo, es más violento que nunca. Si la concepción del conjunto del libro y de cada página presenta una nitidez conceptual todavía más mordaz, cada frase, aunque más fuertemente empalmada a la anterior y a la siguiente, tiene mayor brillo. Malraux no va hacia un objetivo, de una frase a otra; cada frase capta todo su impulso y lo resuelve momentáneamente. Cada frase es un trozo de metal que la concisión ha tornado horriblemente

directo pero que muy a menudo golpea y desgarrar el espíritu del lector sin golpearlo en el punto decisivo.

Tal pensamiento, tal estilo. Malraux tiene una experiencia y un pensamiento que se buscan constantemente, quieren alcanzarse, se entrelazan cada vez más. El pensamiento de Malraux es afiebrado, violento, oscuro; pero su experiencia es clara y ordenada. Podría decirse que sus dos novelas son oscuras —como su ensayo *La tentación de Occidente* lo es de una manera distinta, más sutil— si estas novelas no estuvieran fundadas sobre la base sólida y neta de su experiencia. Por encima de todo esto su pensamiento puede agitarse, estruendosamente: queda la base, un relato que enumera hechos.

Como la mayoría de los franceses, Malraux carece de inventiva. Pero su imaginación se anima sobre los hechos. Se tiene el sentimiento de que le es imposible apartarse de hechos que conoció. Las peripecias de sus libros tienen ese carácter no engañoso, que presta testimonio de una directa transferencia de la realidad al relato. Pero a través de una serie breve y rápida de acontecimientos, el arte de Malraux consiste en hacer resaltar con notable relieve los postulados de su temperamento intelectual. Una única línea de acontecimientos y en esta línea un solo personaje, un solo héroe. El héroe no es Malraux, es la figuración mítica de su Yo. Más sublime y más concreto que él. Malraux tiene aquí el don capital del poeta y del novelista. Plantea un héroe. Sondead vuestra memoria y encontraréis a los más grandes rodeados por sus hé-

roes: Byron y Manfred, Stendhal y Julien Sorel, Balzac y Rastignac, Dostoievski y Stavroguin, etcétera.

Malraux planteó a Garin, acaba de plantear a Perken. El procedimiento de Malraux es lineal pero profundo.

Pero ¿es tan lineal? ¿No dejará de serlo? ¿No hay cierto número de personajes secundarios que tienden a oponerse al héroe o a multiplicar sus aspectos?

En *Los conquistadores*, frente a Garin, está Tcheng-Dai y está también Hong; en *La Vía Real*, junto a Perken está Claude que vivirá en las novelas siguientes, y está Grabot. Sin embargo, no creo que Malraux escriba novelas de acción compleja, provistas de muchos personajes iguales.

Lo propio de su genio es hacer sentir la posibilidad de absorción de un Yo solitario e inmóvil — tendrá siempre un protagonista aplastante — y en seguida el comportamiento de ese Yo en acción.

Y asimismo, sobre este segundo punto, no podemos dejar de presentir que será así en el ciclo de *Potencias del desierto* (para el personaje de Claude), pero por el momento, Malraux no nos da todavía esta permanencia. Su relato no exento de impaciencia toma a su héroe en el momento en el que, en la continuidad de sus días, está a punto de florecer el fruto de largos esfuerzos a los que sólo alude de manera retrospectiva.

Pero no cabe duda de que en ese sentido Malraux no se desarrolla más allá de este compás de espera momentáneo.

No puede seguir ateniéndose a su procedimiento actual, que consiste en mostrarnos un héroe siempre solo, desembocando a través de un corredor oscuro, sobre un fulgurante objetivo. Aquí no hay progresión. No hay conflicto entre este Yo y los demás. Por el momento, el universo de Malraux es el universo de un solitario en quien una aventura demasiado temprana es lo único que distingue la inmovilidad de la muerte. Muestra al Yo solo, en pugna contra la naturaleza, contra la muchedumbre, contra una masa de enemigos, contra "Dios" debe decir, pero no contra otros Yo. ¿Es esto humano?

Es indudable que no existe sólo la novela de drama, la novela de acción compleja donde se enfrentan dos o más personalidades iguales. Pero algo es indispensable: el conflicto. Éste puede no ser exteriorizado, puede permanecer interior. Pero entonces debe manifestarse en la permanencia: el héroe descubre sucesivamente los elementos de una contradicción íntima. En todo caso, es preciso que exista un conflicto: éste o aquél. *El rojo y el negro* o *Los Karamazov*.

ÉSTA ES LA GUERRA

ANDRÉ MALRAUX

Es la Epifanía, la fiesta de los Reyes Magos, el gran festival de los niños en España. En la mañana, cuando llegué al Ministerio de Guerra, todas las calles estaban llenas de carros de combate. Habían estado pasando durante todo el día, mientras a unos cien kilómetros la Brigada Internacional y las columnas de milicianos capturaban, perdían y volvían a capturar el cementerio de Teruel. Es la primera fiesta de los niños desde el nacimiento de la nueva España y los sindicatos han querido celebrarlo como nunca antes se celebró. Durante toda una semana los trabajadores se han pasado las noches preparando figuras de cartón tomadas de las historietas y los chicos las han aclamado, y además de los tradicionales castillos de caramelo, los viejos toros, el rey y las cartas de la baraja, siluetas de doce pies de alto del Ratón Mickey y del Gato Félix, han invadido Valencia en esta ocasión.

Mi auto me lleva del Ministerio de Guerra al frente. Son las tres de la mañana. A la luz de las es-

trellas que pasa a través de las nubes, uno siente que los altos edificios alrededor de la gran plaza están clavados en la noche como las proas de los antiguos galeones españoles. Las luces azules de guerra, como las luces de los peces abisales, derraman un brillo suave sobre la plaza y el asfalto, húmedo aún después de la breve lluvia, se traga la sombra de las figuras del Ratón Mickey. Cuando el auto llega a los anchos bulevares que rodean a Valencia, un tráfico pesado nos detiene. Apagamos los faros un momento: todos los personajes que pueblan los sueños de los chicos, desde los primitivos cristianos hasta los de los chicos norteamericanos, desde los Reyes Magos a Mickey Mouse, están reunidos en una gran mescolanza, y algunos de los miles de niños que han venido a la fiesta se han refugiado entre las piernas de las figuras, de la lluvia que puede empezar en cualquier momento, y se han quedado dormidos.

Durante millas encontramos acá y allá estos grandes fantasmas de sueños infantiles, abandonados en la noche, como si los genios de todas las razas fueran a venir aquí a buscar los sueños de todos los niños que duermen. En la base de las figuras, en los pies, las pálidas luces del auto revelan al pasar un racimo de chicos, tranquilamente dormidos, que yacen como yacen los heridos de Teruel, sobre la misma tierra, pero un poco más lejos.

Las sordas explosiones de los cañones de Teruel, que parecían sacudir imperceptiblemente la tierra, parecían también sacudir a estos frágiles fantasmas

que vigilan el sueño sereno de estos niños inmóviles, con los brazos extendidos en el gesto de la muerte.

Un batallón de milicianos parte para el frente. Se encaminan al Prado, y los fuertes acordes de La Internacional se acercan. Cuando están debajo de mi ventana, en el momento en que el canto debe ser más fuerte, se apaga, para retornar un poco más lejos, más bajo, más apagado. Salgo a la ventana: un ciego, sosteniendo frente a sí un bastón blanco, camina por el medio de la calle. Ninguno de los jóvenes que marchan al campo de batalla se ha atrevido a empujarlo y el ciego avanza contra la corriente de milicianos en marcha que pasan alrededor de él, a ambos lados y dejan de cantar. Después de haberlo pasado, cuando están un poco más lejos, brota nuevamente la canción, en un tono más sobrio. El ciego sigue caminando, echando atrás los hombros como suelen hacerlo los ciegos, angustiado por esta multitud que no puede ver y que en su presencia se silencia y rodeado de un vacío que se parece al respetuoso terror que provocaban los ciegos en la antigüedad; sin entender y deseando huir, camina cada vez más rápido, y los milicianos se hacen a un lado antes que él los toque, como dejando pasar al Destino.

Lo volvía a ver. Los moros estaban en Carabanchel, en las puertas de Madrid. Los que habíamos combatido en la infantería y estábamos acostumbrados a oír el tam-tam de los moros en la noche, abrimos las ventanas y escuchamos. Pero el viento venía de Madrid y no se oía nada en la noche lluviosa, ni

siquiera el tableteo de las ametralladoras. Después de las nueve de la noche la patrulla de guardia era muy estricta y las calles quedaban casi desiertas.

Desde lo alto de uno de los grandes hoteles, sin duda para beneficio de la policía, un reflector barría periódicamente la calle. De pronto aparecieron ante mí, en la enorme área inundada de luz, dos manos enormes, dos manos de 15 metros, que desaparecieron en la noche. Sin duda la policía y los milicianos conocían al mendigo ciego y lo habían dejado pasar. No llevaba bastón y se protegía buscando a tientas con las manos; apenas se lo veía en el rayo del reflector, pero sus manos extendidas, temblorosas como las de un dios de la noche parecían buscar los vivos y los muertos con terrible ademán maternal.

En las afueras de un pueblo entre Madrid y Talavera los dinamiteros esperaban los tanques enemigos.

Se les enviaría mensajeros con la señal de alerta. Entretanto sólo podían esperar. Estaban en un bar desierto, contándose historias.

—Yo estuve en la retirada con Gorde y Sabranek. Los dos son mineros en su país, los asignaron a la compañía cuando volvimos del pueblo. Por esa época no había ningún dinamitero. Como los dos habían sido ametralladoristas en el ejército, los pusieron en las ametralladoras. El primer día de ataque se le ordenó a la compañía de ametralladoras defender un bosquecito. A izquierda y derecha era un infierno, cuando de pronto se dieron cuenta que las dos compañías que los flanqueaban habían retrocedido y que estaban

rodeados por los moros. Lo único que se podía hacer era disparar y pasar a través de ellos; correr cien metros, parar, disparar una andanada y correr otros cien metros... De modo que así lo hicieron, saltando como liebres, llevando con ellos sus Hotchkiss. Después de los primeros cien metros se detuvieron y empezaron a tirar. Gorde se encargaba de la ametralladora. Disparó toda la cinta. Los moros caían en el camino, como en las películas, pero era seguro que al final terminarían agarrándolos.

—¡Escapemos! —grito Sabranek. El otro siguió maniobrando el cargador.

—¡Escapemos, por amor de Dios! —Continuó maniobrando con el cargador, sentado a horcajadas sobre el arma y luego abrió fuego. De nuevo empezaron a caer moros. Exasperado, Sabranek le largó una y otra patada con sus botas y siguió pateándolo en el trasero. El otro se levantó, dudó un momento. Y otra vez Sabranek volvió a patearlo en la cola. Entonces Gorde apretó el arma entre sus dos brazos y empezó a disparar, corriendo a todo lo que daba hacia el enemigo, con Sabranek detrás, que todavía gritaba a todo pulmón. Y ambos desaparecieron sobre el promontorio que defendían los moros, como Laurel y Hardy. No los volví a ver más por acá. Pienso que deben de haber muerto.

Afuera, otros están sentados o acostados sobre las mantas de sus caballos, envueltos en ellas, parecen un ejército mexicano, a no ser por los sombreros. A intervalos las llamas les alumbran la cara, como en los grabados de las guerras napoleónicas.

—Pedro estuvo en Asturias en el 34 con González Peña. Peleábamos con una bala por cada cinco hombres. Cuando se vaciaban los cartuchos, las mujeres los recogían, los metían en sus canastos y después se enviaban los canastos en camiones para recargar las balas. Los aviones enemigos perseguían a los trenes blindados, que se escondían en los túneles y esperaban que los aviones se fueran a cargar combustible para correr otro poco hasta otro túnel. Y así, los campesinos luchaban alrededor de Mieres. Era el último día. Ya nada podía hacerse. Pero necesitaban tres horas para evitar que se cerraran los flancos de la Guardia Mora que avanzaba en media luna sobre Mieres y para evacuar a todos los que pudieran ser evacuados.

Quedaba todavía un buen trozo de dinamita proveniente de las minas. Pero nada con qué hacer bombas. Ni cobre ni acero. Los moros avanzaban. En una pequeña cabaña campesina deliberaba el comité. Los moros avanzaban. Un extraño retumbar comenzaba a hacer temblar las paredes. No era un terremoto: las paredes temblaban pero el piso no. Y no eran cañones: era un sonido sordo pero multitudinario, como de miles de envueltos tambores. Pedro salió y en el momento en que abrió la puerta, el ruido de ametralladoras, como el desgarrar de una tela, se oyó claramente en el cuarto, sobre el retumbar que hacía-se más fuerte y más misterioso que antes. De pronto apareció una vaca en la calle principal, pasó frente a la cabaña del Comité Central y galopó hacia el otro lado de la calle. Tras ella pasó un toro, con el espasmódico

y nervioso galope de la corrida. Y cuando Pedro vio un conejo disparado hacia él, comprendió.

Para cercar la ciudad, los moros avanzaban haciendo un rodeo con el ganado. El ganado y los animales salvajes, empujado hacia Mieres por el fuego de las ametralladoras, empezaba a aparecer entre las cabañas campesinas de las afueras, hacia el centro y lo que hacía retemblar el piso era el ruido de miles de cascos. El ganado bajaba de la montaña con el estruendo de los grandes rebaños que vuelven del pastoreo. Y ahora, como si surgiera del suelo, se oía el sonido de campanas.

Todos los animales llevaban campanas, las pesadas y profundamente sonoras campanas de bronce del ganado de montaña, como lo usan los rebaños musulmanes. En un minuto los hombres sacaron por las ventanas o trajeron de casas vecinas, sillas, mesas, tablas y objetos de todo tipo. El retumbar aumentaba: el ganado estaba cerca. Se apilaron febrilmente las cosas reunidas para la barricada. De todas partes aparecían campesinos que venían a construir la nueva barricada: la barricada contra la manada de animales.

Se contuvo al rebaño. Una por una, los campesinos desataron o cortaron las pesadas campanas que seis dinamiteros transformaron en bombas... Y fueron colocadas en los huecos de las piedras por donde pasarían los moros.

Más de tres horas los retuvieron con estas aullantes campanas que explotaban en las rocas. La población de Mieres huyó por el interior de España o

cruzó la frontera francesa. Murieron cincuenta y ocho dinamiteros.

—Yo estuve en Talavera —dijo otro. Sus aviones nos bombardeaban como nunca. Alrededor de Zaragoza hay agujeros como los del Valle de la Luna. Aquí se encontraron bombas de 25 libras, por todo el lugar sin explotar. Durante el bombardeo, sólo una vez, de diez explotó. Era un cuadro sorprendente. Los fascistas bombardeaban casi enteramente con bombas livianas. Sin duda no les quedaban las pesadas. Las bombas llegaban como puñados de trigo, caían sobre nosotros y una, cada tanto, explotaba como por accidente. Era como si los fascistas nos estuvieran bombardeando con enormes flechas. En el camino por el que pasaban nuestros camiones nos deben de haber bombardeado unas quince veces; venían en escuadri-llas de cinco o de nueve; a ambos lados del camino se apilaban las bombas, como si estuvieran listas para ser transportadas. Habían caído unas sobre otras y sin explotar.

Era bastante extraño. Es más o menos natural que unas pocas no exploten, pero tantas, era muy singular. Algunos de nuestros hombres habían sido mecánicos de aviación, solían ayudar a cargar bombas en sus aviones. Empezaron a desenroscar las espoletas de percusión para examinar las bombas. El primero que lo consiguió se volvió a nosotros tan excitado como el aspa de un molino; tenía en la mano una tirita de papel escrita a máquina, que mostraba al segundo que a su vez tenía otra igual. Eran los mensajes de los obreros portugueses: “Esta bomba no explotará”.

Acababan de llegar los mensajeros. Era la señal para la acción. Los dinamiteros desaparecieron con sus hombres. Recordé a un anamita que había conocido hace algunos años y que murió en su primera cacería de elefantes. Cuando el animal atacó, le pareció a mi amigo que el hombre era una cosa tan pequeña frente a la masa enorme del elefante que tiró su arma y corrió; el elefante lo mató de un solo golpe de su trompa. Una cosa tan pequeña frente a la enorme masa que se viene encima... Los hombres siguen avanzando hacia la línea de fuego, uno detrás del otro, con las bombas a la espalda o bajo el brazo. Oímos lo que parece motores lejanos. Y con los ojos fijos en la cresta de la colina que está frente a nosotros, esperamos que aparezca el primer carro blindado.

—Hay un campesino que quiere hablarle. Ha pasado las líneas fascistas.

Lo sigo hasta donde está el campesino, rodeado de aviadores que lo interrogan. Responde desganaadamente. Al acercarme lo veo de perfil —el largo y magro perfil del campesino español, el de los hombres que luchaban contra Napoleón; para completar la ilusión basta con sustituir la gorra con visera que lleva puesta, por un pañuelo anudado.

—¿Usted quería hablar conmigo?

—No. He venido a hablar con el comandante del escuadrón aéreo.

—Es él —le dicen los aviadores.

El campesino desconfía. Mi uniforme no lleva ninguna insignia del cargo, ya que los aviones despegarán dentro de media hora.

— ¿Usted da la orden de partida de los aviones?

Los pilotos lo rodean, algunos amistosos, otros desconfiados; viene de las filas enemigas. Lo llevo aparte. Me lo ha enviado el Frente Popular de León. Los aviones fascistas están en las proximidades de este pueblo. Él ha pasado las filas y ha ido a avisar a nuestra gente en León. Inmediatamente lo han enviado a mi presencia.

Ordeno a uno de los hombres que se comunique telefónicamente con los cuarteles del Frente Popular leonés para verificar la historia y vuelvo adonde está el campesino.

— ¿Dónde están los aviones?

— En el bosque. Los fascistas han hecho claros bajo los árboles y pueden guardarlos sin que sean vistos.

— ¿Cómo es el campo de donde parten?

Hace un dibujo. Largo y estrecho.

— Desde ayer trabajan los soldados para ensanchar el campo.

— ¿Cómo corre?

Piensa un momento:

— De Este a Oeste.

— ¿Y el bosque? Al Este.

Esto quiere decir que los aviones deben salir de Este a Oeste. El viento, muy fuerte, viene del Este, y sin duda sopla en la misma dirección en Olmedo. Les costará mucho a los aviones enemigos despegar del campo que el campesino ha descrito.

— ¿Cuántos aviones hay?

— Anoche había doce grandes y seis chicos. Nos arreglamos para averiguarlo mandando a nuestros niños.

No tenemos más que cuatro aviones a nuestra disposición. Si el campesino dice la verdad, valdría la pena tratar de sorprender el campo enemigo. Si miente, los aviones enemigos podrán despegar antes que los descubramos, y en ese caso nosotros no volveremos. El telefonista vuelve, trayendo la respuesta de León. El hombre, realmente, viene de Olmedo; pero la gente de León no conoce a la de Olmedo. Nosotros debemos decidir qué hacer.

— Es cerca de Olmedo — repite.

Le muestro un mapa; como suponía, no sabe leerlo.

— Lléveme a Olmedo — dice. — Yo le mostraré. Puedo guiarlo hasta el lugar justo.

— ¿Los fascistas mataron a alguien de su familia?

— No. Lléveme en el avión.

En situaciones parecidas suelen descubrirse los espías, porque en la acción aérea el enemigo no puede elegir sus víctimas. Olmedo queda a hora y media de vuelo. Nuestros aviones pueden cargar combustible para cinco horas.

— ¿Ha subido alguna vez a un avión?

— No.

— ¿No está nervioso?

No entiende muy bien; repito:

— ¿No tiene miedo?

—No.

—¿Cree que reconocerá el camino?

—Desde Olmedo, sí. Conozco la región mejor que un perro.

No tenemos aviones de caza, pero el cielo está cubierto y las nubes nos protegerán.

Los otros tres aviones que nos siguen en formación de triángulo desaparecen a cada minuto entre las nubes, cada vez más densas a medida que nos acercamos a la Sierra. Los surcos invertidos de las crestas más altas se elevan sobre la nieve amontonada; allí nos esperan los cohetes enemigos para dar aviso a sus aviones de caza. Pero el mar de nubes es compacto del otro lado y nos separa de los vigías. Volamos entre las nubes, emergiendo sólo el tiempo necesario para no chocar contra las montañas, como enormes ballenas que salieron a respirar a la superficie. Sobre nosotros y sobre los puestos de observación enemigos, lejos de la subterránea agitación de la guerra, hay un maravilloso cielo de mañana otoñal. Un frío que casi muere, penetra en el avión; estos combates que debieron durar unas pocas semanas se han metido en la tierra invisible como un herido en su cama, y en el viento que nos golpea la cara, el invierno, otra vez, vuelve a pasar sus manos sobre el viejo rostro de la guerra.

Las nubes están más cerca. El campesino me mira. Sé qué está pensando: “¿Cómo quiere que lo guíe si no puedo ver nada?” Pero no dice nada. Le grito al oído:

—Cruzaremos sobre Olmedo.

Mira la Sierra, mira hacia abajo y espera. En cada avión el comandante de la tripulación, con los ojos en la cresta que emerge de las nubes, busca los cohetes enemigos.

Estamos ahora sobre la Sierra. Del otro lado el mar de nubes formó una masa compacta.

Navegamos con el compás, pero el compás no registraba la corriente producida por un viento oblicuo. Si nos salimos veinte a treinta kilómetros de nuestra ruta, los aviones enemigos podrían despegar. Trataré de reconocer la región sin salir del todo de las nubes, me elevaré nuevamente para unirme a los otros aviones y rectificar el rumbo y luego dirigirnos a Olmedo. Entonces el campesino deberá mostrarnos el camino.

Hemos pasado la Sierra y estamos sobre territorio enemigo. Ahora cualquier accidente en el motor es fatal. Los moros tienen una especial predilección por los aviadores heridos. Bajo el cielo radiante, ocultas bajo las nubes, están la tortura y la muerte. Tras de nosotros, los otros aviones nos siguen con la camaradería de dos brazos del mismo cuerpo.

Nos acercamos a Olmedo. Las nubes, el cielo, siempre la misma serenidad... Entramos a las nubes. En cuanto la niebla nos envuelve parece que la batalla comenzará. El avión desciende lentamente, para permanecer entre las nubes lo más posible; en los puestos de guardia los ametralladoristas y los bombarderos están a la expectativa. Y los pilotos y yo observamos los compases y el altímetro con más intensidad de la que hemos utilizado nunca para observar un rostro humano.

El altímetro baja: 800... 700... 500... 400... 375... 350. No hemos atravesado todavía el manto de niebla. Si seguimos bajando y no estamos exactamente sobre Olmedo (lo que es probable), vamos a estrellarnos... hay montañas en toda la región.

Volvemos a tomar altura. Antes de descender he observado que el mar de nubes está agujereado aquí y allá. Esperaremos, sobrevolando en círculos hasta que aparezca una hendidura.

Nuestro avión pierde todo contacto con tierra. Hasta ahora hemos avanzado, con los ojos y la mente puestos en lo que había abajo, fascinados por lo que se acercaba. Ahora, por primera vez, debemos esperar. Los aviones vuelan en círculo sobre el banco de nubes que se extiende más allá de las crestas distantes. Pero las nubes avanzan con un movimiento que produce la ilusión de ser el movimiento de la tierra misma, y es como si los hombres, la tierra, el destino, se alejaran flotando en esa inmensidad que brilla bajo nosotros, mientras mucho más arriba, fuera del mundo, los aviones dibujan círculos con la fatalidad de estrellas.

Sin embargo, al mismo tiempo, el viejo instinto salvaje del ave de rapiña ha hecho presa en nosotros. Damos vueltas con ese secular vuelo en círculo de los halcones, mientras esperamos que se abran las nubes y los ojos de toda la tripulación están fijos, mirando hacia abajo como si buscáramos la tierra entera y esperaríamos que surgiera de pronto en una desgarradura de las nubes. Y pareciera que todo ese paisaje de nubes y cimas de montes girara con la lentitud de un planeta alrededor de nuestra máquina móvil.

Se acerca una nube más oscura que el resto y de tinte verdoso. Como un mapa sucio y gastado empieza a aparecer la tierra.

Olmedo no queda inmediatamente debajo de nosotros, sino a unos kilómetros a la derecha, roja de tejas, como una mancha de sangre en la superficie desgarrada de las nubes. Mi avión golpea las alas — señal de combate — y descendemos.

Todas las cabezas se estiran hacia adelante, paralelas, como en un antiguo bajo relieve. Estamos sobre la iglesia; abajo las casas corren a toda velocidad como un rebaño asustado.

El campesino mira, todo su cuerpo tenso, la boca medio abierta, y las lágrimas zigzaguean sobre las mejillas: no reconoce nada.

A cierta distancia aparecen grandes bocanadas de humo, como fragmentos de las nubes de las que hemos salido. Los cañones antiaéreos enemigos están empezando a hacer fuego. La batería está sin duda cerca del campo enemigo, pero no hay trazas de humo en el suelo. Tenemos a lo sumo dos minutos. El campesino nos ha dicho que el campamento está al Norte de Olmedo. Pongo la señal del dial de comando al Norte: nadie en los otros aviones advierte que no sabemos a dónde vamos.

Durante un instante inclino el avión a 90 grados. Volamos paralelos a la calle principal de Olmedo. Le señalo al campesino:

— Ésa es la iglesia. La calle, la Avenida Avila.

Reconoce todo al pasar, pero no puede deducir la dirección que debemos tomar. ¿Qué podrá recono-

cer entonces cuando ni siquiera vea los edificios? Por debajo de la mitad superior de su cara, que las lágrimas inundan, la barbilla le tiembla convulsivamente.

Seguramente los aviones de caza fascistas están encendiendo ya sus motores. El primero que despegue nos mostrará el campo; pero si su ataque da tiempo a los otros a despegar, ninguno de nosotros volverá vivo. Ahora es cuestión de segundos.

Hay un solo recurso: darle al campesino un ángulo de visión al que esté acostumbrado. Perpendicularmente no reconoce la región. En tierra —horizontalmente—, la reconocería enseguida. Debemos ofrecerle una visión lo más semejante posible a lo que uno ve desde el suelo. Tuerzo el curso unos puntos al Norte y bajo a treinta metros.

Las ametralladoras repiquetean, pero eso no importa. Los cañones antiaéreos han dejado de disparar: estamos demasiado bajo, fuera de su alcance. Soldados y animales domésticos disparan bajo nosotros, enloquecidos, como la nieve cuando pasa el trineo. Si alguien se muriera de tanto mirar y tanto buscar, el campesino moriría. Me agarra el brazo, señala con un dedo curvo, tieso, que no puede enderezar, un gran cartel publicitario, negro y amarillo pálido bajo el cielo bajo.

Y me tironea hacia la derecha, con toda su fuerza, como si yo fuera el avión. Pongo la señal de comando hacia el Este. El campesino grita. Ninguno de los hombres vuelve la cabeza. El campesino aúlla, pero no habla, y con su dedo doblado señala un bosque.

— ¿Es ése?

Contesta que sí con toda la cabeza y con los hombros, sin aflojar su brazo extendido. Y allí, próximo al bosque, está el campo rectangular que nos dibujó antes del despegue. En el claro hay un caza y un bombardero. La hélice del caza está en movimiento.

Nos estamos acercando en la misma dirección en que debe despegar. Para no ser derribados por nuestras propias bombas, tomamos altura y en pocos segundos seremos blanco otra vez de las granadas antiaéreas. Al pasar por el campo dejamos caer unas pocas bombas livianas... suficientes para cortar la pista del caza e impedirle tomar velocidad. Volamos en círculo y volvemos a lanzar una ristra de bombas livianas. Es imposible hacer puntería, pero el bombardeo ciego le corta el camino al avión fascista. Lanzamos bombas al pasar por el bosque donde un racimo de figuras está tratando de empujar el bombardero. Torcemos, como lo hicimos un rato antes, por encima de las nubes altas, y volvemos. Cuando volvemos a ver el campo, el avión de caza está inclinado sobre uno de sus lados: una bomba pesada de uno de nuestros aviones le debe haber pegado cerca.

A toda velocidad, nuestros aviones, en formación oblicua, pasan otra vez uno detrás del otro sobre el bosque y dejamos caer nuestras bombas, aunque no podemos ver nada. Sin duda ya han salido los cazas del aeródromo enemigo más próximo, avisados por teléfono, y ya están en el aire. Nuestros artilleros otean el cielo; el piloto y los bombarderos fijan sus ojos en tierra, la vuelta sigue.

De pronto somos absorbidos como por un pozo de aire. ¿Ha explotado cerca una bomba? No hay nube de humo cerca de nosotros. Pero de abajo, del bosque, empieza a surgir una espesa columna de humo negro, que enseguida reconozco: nafta. Directa o indirectamente le hemos dado al depósito enemigo. Todavía seguimos sin ver nada de lo que estamos bombardeando. El humo enorme empieza a ascender como si fuentes subterráneas ardieran bajo el tranquilo follaje, tan parecido a los otros bosques en la alta montaña. Unos pocos hombres salen corriendo del bosque... y en pocos segundos son cientos de hombres que corren como corría el rebaño de animales un rato atrás. Y el humo, que el viento lleva al cielo como si quisiera mostrar al desgraciado mundo de los hombres todo rasgo de guerra, empieza a extenderse. A mi lado, temblando de gozo y de frío, el campesino estampa el pie en el fuselaje.

Están bombardeando Madrid. Y yo voy siguiendo a un hombre que arrastra un manuscrito tan grande como él. La gente no suele escribir en papel de este tamaño y un manuscrito tan grande, lógicamente, interesa a un escritor. Lo paro al hombre:

— ¿Qué es ese manuscrito que lleva?

El sonido de los bombardeos llega a nuestros oídos.

— No es un manuscrito — me contesta amablemente. Estoy cambiando el empapelado de mi departamento.

FORJANDO EL DESTINO DEL HOMBRE EN ESPAÑA

(Publicado en *The Nation*, New York, abril de 1937)

ANDRÉ MALRAUX

Al hablar aquí ante personas cuya verdadera y más grande preocupación es la defensa y el mantenimiento de la cultura, quiero limitarme a explicar por qué tantos escritores y artistas españoles están luchando del lado del gobierno leal español, por qué tantos artistas extranjeros se encuentran hoy detrás de las barricadas de Madrid y por qué el único de los grandes escritores españoles que se unió a los fascistas, Unamuno, murió en Salamanca descartado por todos, desahuciado y solo.

El 27 de diciembre uno de los aeroplanos de mi escuadrilla cayó en la región de Teruel, detrás de nuestras líneas. La caída se produjo sobre una gran altura, a unos dos mil metros sobre el nivel del mar y la nieve cubría las montañas. En esta región hay muy pocas aldeas; recién después de varias horas llegaron los campesinos y comenzaron a armar camillas para los heridos y un ataúd para el que había muerto.

Cuando todo estuvo listo, comenzó el descenso. No había caminos, sólo senderos para mulas. Las campesinas viejas, que en esta región tienen a casi todos sus hijos alistados en las milicias, habían decidido acompañar a los heridos. Pero no eran solamente ellas. La población entera vino tras nuestro, formando una sola fila a lo largo del estrecho sendero montañoso. En cada una de las aldeas por las que pasábamos, la población estaba esperando, y todas ellas, después de haber pasado el cortejo de los heridos, quedaban totalmente vacías.

Al llegar al primer pueblo grande del valle, vimos que también allí la gente esperaba delante de los bajos muros de la ciudad española. Contemplaron en silencio a los primeros heridos, los que tenían lesionadas las piernas; estaban acostumbrados a ese espectáculo. Pero cuando pasaron los que tenían heridas en el rostro —hombres con vendajes en los lugares donde habían estado sus narices y cuyos sacos de cuero estaban cubiertos con manchones de sangre coagulada— las mujeres y los niños comenzaron a llorar. Levanté mi vista para mirarlos: la fila de campesinos se extendía ahora desde las alturas de la montaña hasta su base semejando la imagen más grande de fraternidad que he visto en mi vida. Esas aldeas abandonadas, todas esas poblaciones enteras siguiendo a los hombres heridos por defender la causa del pueblo, descendiendo como una procesión legendaria, mientras sus sollozos se elevaban en medio del gran silencio del camino, producían un sonido semejante al rugir de un gran río subterráneo.

Los aviadores fascistas que habían sido heridos ese mismo día, tuvieron una escolta militar. Entonces no pude dejar de pensar que estos hombres nuestros, que yacían en camillas hechas por las manos de los campesinos, habían deseado arriesgar su vida en la esperanza, no de que los acompañara una escolta militar, sino la vigorosa fraternidad del pueblo mismo por cuyos ideales lucharon. En el camino de vuelta, al pasar cerca de las líneas donde los artilleros, en las profundidades de la noche, tocaban un acompañamiento al ruido del paso de nuestra ambulancia, comprendí que estaba ocurriendo allí algo que tenía un significado mucho más grande que nuestros hombres heridos, algo que no tenía precedentes desde la primera lucha de la Revolución Francesa: la Guerra Civil había comenzado.

¿Cuál es el elemento positivo en las distintas formas de fascismo? Yo creo que es la exaltación de las diferencias lo que es esencial, irreductible y constante, como por ejemplo la raza o la nación. En el nacional-socialismo hay dos palabras, nacional y socialismo, pero nosotros sabemos que la mejor forma de realizar el socialismo no es fusilando a los socialistas, y aquí la palabra significativa es "nacional". Las ideologías fascistas, por su misma naturaleza, son estáticas y particulares. En cuanto a la democracia y el comunismo, ellas disienten en lo que respecta a la dictadura del proletariado, pero no en lo que se refiere a sus valores, desde que esa dictadura es, según la doctrina marxista, el medio concreto de obtener la verdade-

ra democracia, siendo toda democracia política una ilusión en tanto como no descansa en la democracia económica. Pero lo que nos une a todos es que, por el movimiento general que lleva las obras de arte y la instrucción hacia una cantidad cada vez mayor de hombres, nos proponemos preservar o recrear, no los valores estáticos y particulares, sino los valores humanos; humanistas porque son universales y porque, mito por mito, no queremos los alemanes o los nórdicos, los italianos o los romanos, sino simplemente el hombre.

El primer día del mes de junio se distribuyeron entre los niños de Madrid, juguetes que habían sido enviados de todas partes del mundo. La distribución tuvo lugar en el centro de la gran plaza de toros; los juguetes estaban amontonados en pilas y durante una hora los niños pasaron entre ellas en silencio. Parecía como si la generosidad de todo el mundo se hubiera volcado también allí. De pronto se oyó el ruido de la primera bomba: una escuadrilla de Junkers estaba bombardeando la ciudad. Las bombas caían a una distancia de seiscientos metros del lugar; el ataque fue muy corto y la plaza de toros es muy grande. Hasta que los niños llegaron a las puertas, los Junkers ya habían desaparecido y entonces ellos volvieron a buscar sus juguetes.

Cuando el acto de la distribución hubo terminado, sólo quedó en el inmenso espacio vacío una pila intacta. Me acerqué a examinarla; era un conjunto de aeroplanos de juguete. Permaneció allí en la

desierta plaza, donde cualquier chico se la hubiera podido llevar.

Pero ellos habían preferido otras cosas, hasta muñecas, y se habían mantenido lejos de esa pila de aeroplanos de juguete, no por temor, sino por una especie de misterioso horror.

Esa escena no se ha borrado de mi memoria. Nosotros y los fascistas estamos separados para siempre por esa pequeña pila de juguetes abandonados.

Yo sé bien que guerra es violencia. Sé también que una bomba lanzada por los gubernamentales podría por accidente errar su objetivo militar para caer en una ciudad y herir a sus pobladores. Deseo llamar vuestra atención en la forma más enérgica en lo que respecta al siguiente hecho: hemos destruido el aeródromo de Sevilla, pero no hemos bombardeado Sevilla. Destruimos el aeródromo de Salamanca. Yo mismo contribuí a destruir el aeródromo de Olmedo en Ávila, pero no lancé bombas sobre la ciudad. Hace ya muchos meses que los fascistas bombardean las calles de Madrid.

Siempre me ha impresionado la absoluta incapacidad de las artes fascistas para representar cualquier cosa que no sea la lucha del hombre contra el hombre. ¿Adónde puede encontrarse en los países fascistas el equivalente del *film* soviético o de las novelas que tratan de la creación de un nuevo mundo? Una civilización comunista, que entrega los instrumentos de producción a la colectividad, puede pasar de la vida civil a la vida militar; pero una civilización

fascista, que mantiene la estructura del capitalismo, no lo puede lograr.

Entre el "koljosiano" (miembro de una granja colectiva) y un soldado del ejército rojo, no existe una diferencia esencial; tanto para el artista como para ellos mismos, ambos pertenecen al mismo orden de vida. Ambos pueden pasar de una función a otra. Pero entre un miembro de las tropas de asalto alemanas y un campesino alemán hay una diferencia de naturaleza. El campesino vive dentro del capitalismo; el soldado fuera de él. Una comunión que sea leal, desinteresada y auténticamente fascista sólo existe en el orden militar. Y el resultado es que la civilización fascista, en su punto máximo, conduce a la total militarización de la nación, del mismo modo que el arte fascista, cuando exista, conducirá a la estetización de la guerra.

Ahora, el enemigo de un soldado es otro soldado, es parte del género humano, otro hombre; mientras que para los demócratas y comunistas, el adversario del género humano no es otro hombre, sino la naturaleza. En la lucha contra la naturaleza, en la exaltación que emana de la conquista de las cosas por los hombres, reside una de las más fuertes tradiciones de Occidente, extendiéndose desde *Robinson Crusoe* hasta los *films* soviéticos. Decididos a luchar, desde que la lucha es la única salvaguardia del significado que queremos dar a nuestras vidas, rehusamos sin embargo hacer de la lucha un valor fundamental. Deseamos una filosofía, una estructura política y una esperanza que conduzca a la paz, y no hacia la guerra. En la paz

más serena hay todavía bastantes combates, tragedias y exaltaciones para siglos de arte.

Estaba yo sentado en un café de Valencia con uno de los cuatro camaradas que perdieron la vida durante el primer mes de esta guerra. Después de muchas tentativas él perdió todas sus esperanzas de recobrar la visión.

Había comenzado yo a hablar, cuando de repente me dijo: “¿Cómo es que veo luces encendidas?” Y un rato después: “Se están desvaneciendo”. Había tal convicción en su voz, que me di vuelta; detrás mío, en la calle, los caballos de una calesita daban vuelta con sus luces. En verdad, una vez más el ciego había comenzado a ver.

Yo pienso que cada uno de nosotros se asemeja un poco a mi camarada ciego, que desde las profundidades de su oscuridad, vio luces que retornaban. Existen muchos sufrimientos en el mundo, pero sólo hay un tipo de sufrimiento que es un privilegio soportar: el de aquellos que sufren porque quieren hacer un mundo digno del hombre — el de los que saben que el reino de la inteligencia no es para los privilegiados, que el poseer cultura no es una cuestión de privilegio, y que comprenden que si bien la existencia de la cultura al través de los siglos depende, ante todo, de los que la crearon, depende menos de los que la heredaron que de quienes la anhelan.

Es en defensa de los hombres que sostienen este concepto, consciente o inconscientemente, que he venido a pedirlos ayuda. Lo hago en nombre de la dig-

nidad que la cultura os ha conferido. Dejemos que cada hombre elija su propia manera de aliviar este sufrimiento: pero “debe” aliviarlo. Ésa es nuestra responsabilidad ante el destino del hombre y tal vez ante nuestros propios corazones.

LA ESCUADRILLA ANDRÉ MALRAUX

JULIEN SEIGNAIRE

Malraux llegó a España tan sólo unos días después del comienzo de la rebelión de Franco y se encuentra entre los primeros que organizaron la resistencia. Usted sabe que fue el 16 de julio de 1936 cuando Franco desencadenó su alzamiento. En aquel momento, todo el ejército estaba de su parte. Era un ejército un poco tipo sudamericano, con una fuerte proporción de oficiales; un ejército muy organizado cuya punta de lanza era la Legión Extranjera, los moros de Franco. Esta fuerza extremadamente eficaz, que normalmente hubiera debido triunfar en 24 horas, fracasó en su empresa en ciertas ciudades, como Madrid y Barcelona, porque las milicias obreras, formadas apresuradamente, tomaron los cuarteles y masacraron a los oficiales rebeldes. Frente al ejército se hallaba un gobierno de Frente Popular moderado, donde los comunistas no estaban representados, que dio armas a esas milicias para sitiar a

los cuarteles. En pocos días, los cuarteles de Madrid, Valencia y Barcelona fueron tomados y las ciudades quedaron en manos de la República.

Franco retenía el Sur y comenzó a subir hacia Madrid con las tropas que había traído de Marruecos y con los oficiales que se le habían unido. Bordeando la frontera portuguesa llegó a Badajoz, a la que tomó muy rápidamente, y a los pocos días estaba cerca de Madrid. El ejército prácticamente era invencible en campo raso dado que frente a él sólo tenía obreros. Ahora bien, en España los obreros eran ante todo anarquistas (los comunistas sólo tenían un diputado en el Parlamento del Frente Popular) y desde el comienzo de la guerra enarbolaban la divisa "Organicemos la indisciplina". Llegaban al frente, cuando lo había, con sus fusiles y se volvían con sus fusiles, individualmente, sin pedir permiso.

Durante las primeras jornadas de lucha había habido algunos combatientes extranjeros en Irún y en el país vasco, pero desorganizados. Conocí gente que estaba en España con motivo de un congreso (el gobierno del Frente Popular existía desde el mes de mayo) y que asistieron o hasta participaron, en Barcelona, al aplastamiento de la rebelión. Pero no se había hecho ningún llamado a los voluntarios, nada estaba organizado.

Malraux comprendió en seguida que sólo una cosa podía detener el avance de Franco. Era imposible organizar un ejército en poco tiempo, pero se podía constituir una aviación. La columna de Fran-

co avanzaba por una ruta, bastaba con bombardearla para que la columna se detuviera. Malraux tenía el proyecto —pero de eso no estoy exactamente al corriente— de comprar aviones en Checoslovaquia. Por lo pronto, la línea aérea española LAPE tenía algunos aviones de transporte que se habían quedado en los aeropuertos, principalmente en Toulouse. Malraux comenzó a reclutar españoles y extranjeros que organizaron los primeros raid civiles, arrojaban bombas abriendo portezuelas. La primera resistencia seria al avance del ejército fue hecha desde aquellos aviones. Su sola presencia hizo descubrir de golpe a los franquistas que frente a ellos había una resistencia de carácter militar.

En todas las ciudades hubo una resistencia, pero durante los primeros días la lucha se desarrolló al azar. Aquí, los franquistas tenían éxito; allá, no... El comienzo de *La esperanza* cuenta eso; así por ejemplo, de la central telefónica llaman a todas las ciudades y a veces dan con una ciudad republicana y a veces con una ciudad franquista. Pero en el frente, la primera resistencia de carácter militar fue esa resistencia aérea y fue Malraux. La Internacional Comunista, que existía en aquellos momentos, sólo comenzó a organizar la ayuda a España recién en octubre de 1936. Desde septiembre se comenzó a enviar voluntarios calificados y por ese mismo conducto llegué yo. Pero hasta setiembre el Partido Comunista francés desaconsejó el envío de voluntarios. Malraux llegó mucho antes que los comunistas.

Obtuvo, sobre todo, aviones franceses. Había. “agujeros” en la política de no intervención y gracias a Pierre Cot y a Leo Lagrange, ministros en esa época, el gobierno francés dejó pasar algunos aviones, aunque muy pocos. Yo vi un Potez, un Bloch —el señor Marcel Dassault en aquel momento se llamaba Bloch. Pero cuanto más, cuatro o cinco Potez a la vez. Tu- vimos algunos de reemplazo, pero jamás he visto en nuestros aeródromos más de cuatro o cinco bombar- deros a la vez. Había mecánicos, eran obreros comu- nistas. Pero con respecto a los pilotos la cosa era mu- cho más difícil.

Malraux no quería arriesgar esos preciosos avio- nes en el primer décollage. Hacían falta pilotos expe- rimentados, no aprendices. Ahora bien, los pilotos experimentados no son de izquierda. ¿Qué había que hacer? Contratar mercenarios. Un mercenario, aun si se le paga muy caro, cuesta menos caro que un avión irremplazable. Así pues, él organizó por interme- dio de la Embajada de España en Francia, el recluta- miento de aviadores. Hemos visto arribar toda clase de aventureros extraordinarios, de los que, por otra parte, también se habla en *La esperanza*; tipos que ha- bían estado en China, que habían hecho contrabando u otras cosas, toda clase de viejos caballos de noria, antiguos aviadores de la guerra del 14, oficiales ale- manes que se habían hecho antifascistas, hasta rusos blancos. A estos se los eliminó porque eran demasia- do viejos para pilotear. Se retuvo más bien a gente menos interesante pero que era capaz de no romper

las “latas”. Y Malraux formó su escuadrilla, entre otros, con mercenarios. Algunos se lo reprocharon. Es risible. Malraux decía: los idealistas que no saben pilotear no pueden bombardear a los fascistas. Hay que ser eficaz. En consecuencia, contratemos mercenarios. Yo era aviador profesional y con ese título entré en la aviación republicana. Pero no como mercenario.

A partir de noviembre del 36 la guerra se estabilizó, dado que en el fondo, hasta 1939 las posiciones frente a Madrid no cambiaron. La escuadrilla Malraux participó entonces en la batalla de Teruel. La batalla de Madrid, por otra parte, condujo a la crisis de los mercenarios. Las brigadas reclutadas en gran parte por el Partido Comunista, llegaban. En Albacete teníamos una oficina, y toda la gente que tenía alguna relación con la aviación pasaba por allí... Había cantidades enormes de candidatos mentirosos, pero finalmente se reclutó bastante gente, sobre todo mecánicos. Se reclutaron también algunos pilotos, extranjeros sobre todo, checos, belgas, franceses. Y entonces se liquidó a los mercenarios. La escuadrilla España se convirtió en una escuadrilla de voluntarios. Al comienzo era una escuadrilla de civiles vestidos de civil, a la mexicana. Malraux no era comunista, como lo dijo públicamente, pero en España los comunistas formaban el núcleo más serio de un futuro ejército organizado, capaz de detener y quizá vencer a Franco. Y Malraux se apoyó sobre los comunistas, que eran los únicos que ansiaban la eficacia de una manera consecuente, y que por otra parte, fueron los que comprendieron su política

de mercenarios. Con un cierto retardo, pero la comprendieron. Bajo la influencia de los comunistas, y de los rusos que estaban allí y que exigieron garantías, se comenzó a organizar un ejército. Todo el mundo tuvo uniformes, grados; nosotros también. Ya no eran los mercenarios del comienzo, ni el género un tanto pintoresco. Fue entonces que se decidió rebautizar a la escuadrilla, para marcar un nuevo comienzo. Sin que Malraux lo supiera, yo, en nombre de todos, pedí al Ministerio del Aire que nuestra escuadrilla se llamara de ahora en adelante André Malraux. Eso ocurrió hacia fines de noviembre. Para anunciárselo, los compañeros pintaron sobre nuestro autocar la inscripción *Escuadrilla André Malraux*. Se quedó estupefacto. Estábamos muy orgullosos, evidentemente, de tenerlo por jefe. Él ya tenía una aureola literaria y política. Cuando le dieron los galones, se convirtió en el coronel Malraux. Yo era teniente, y también comisario político, pero eso era una broma, con Malraux uno nunca podía ser comisario político. Malraux nunca fue un militar que diera órdenes, y la atmósfera de la escuadrilla era, precisamente maravillosa. Todo el mundo le obedecía porque tenía mucho prestigio y además porque la gente que estaba allí lo quería bastante.

Malraux dirigía gracias a su prestigio. La Escuadrilla Malraux intervino en la batalla de Teruel, a fines de 1936 jugó un papel muy importante. Había bastante aviación del lado franquista. Desde el comienzo había no sólo cuadros españoles sino también italianos y alemanes, que llegaron en gran número. Nosotros

éramos muy pocos, siempre los mismos cuatro, cinco aviones y una treintena de hombres; había algunos pilotos franceses, de los cuales varios murieron. Los cazas rusos, retenidos en Madrid, raramente nos acompañaban.

El colaborador principal de Malraux se llamaba Raymond Marechal. Antes de caer muerto en Correze, había sido herido en Teruel. Uno de nuestros aviones, en el cual era ametralladorista, cayó en las sierras de Teruel y Malraux partió con una expedición para encontrarlo. Eran montañas bastante difíciles, en el límite de la zona franquista, y en el *film* que hizo, basado en *La esperanza*, Malraux revivió la escena del descenso de los heridos y de los campesinos que los recogieron. Yo tengo fotos de la verdadera expedición, que casi son fotos del *film*. Hay pocos sobrevivientes de esta escuadrilla. De tiempo en tiempo escucho hablar a la gente que dice: “yo estaba en la Escuadrilla Malraux en España”. Lo soñaron. Sí, hubo mucha gente que llegó a Madrid o a Valencia y que dijo: “Venimos a enrolarnos en la aviación”. Pero los eliminaron en 24 horas. Lo que atrajo a Malraux en la guerra de España, que representa un momento único en su vida, es que sintió que podía jugar un papel importante con muy pocos medios. Con algunos hombres y algunos aparatos, podía jugar un papel decisivo. Y en aquel momento en parte gracias a la escuadrilla, se logró detener a los fascistas, que luego se quedaron durante tres años a las puertas de Madrid. Si el gobierno del Frente Popular en Francia, y Francia misma, desde el

punto de vista nacional, hubiera decidido ayudar a España, se habría podido evitar la guerra con Hitler. Cuando se piensa en los que hubieran sobrevivido, en los millones que fueron a los campos de concentración, a las cámaras de gas. Es espantoso...

Usted me pregunta, como muchos otros, si el mismo Malraux participaba en los combates. Es gracioso que se dude de ello. Yo estaba con él sobre Teruel, cuando teníamos a la fuerza aérea franquista alrededor nuestro. Malraux se expuso como todos los otros compañeros. Pero su papel era evidentemente mucho más importante. Primero, porque debía dirigir la escuadrilla; luego, porque debía alimentarla.

Si tuvimos aviones, fue gracias a él.

Malraux siempre tuvo horror de las peticiones de los intelectuales, de las manifestaciones verbales, del café de Flore, etc. Organizar una pequeña fuerza aérea, aun impura a causa de los mercenarios, le parecía mucho más serio que realizar mítines.

Usted conoce esta frase de Malraux, que en mi opinión lo revela: "Todo hombre activo y pesimista, es o será fascista excepto si tiene una fidelidad detrás de él". España era su fidelidad. Por eso escribió *La esperanza* y es por eso que jamás escribiré una novela sobre el gaullismo. Hace poco tiempo me preguntó: "¿Por qué siempre pensamos en la guerra de España?" No porque era nuestra juventud; Malraux no ama tanto su juventud, sino seguramente porque era la última guerra de hombres. Por otra parte, era la guerra de la justicia. En la Resistencia había gente a la

que Malraux, sin duda, quería mucho; pero también había otros a los cuales quería menos. Mientras que en la guerra de España no existían esos problemas: de un lado estaba Franco, y del otro la miseria y la dignidad del pueblo español.

Fui yo quien tuvo la ocasión de poner a Malraux y Bernanos frente a frente por primera vez. Es una historia bastante graciosa. Aunque revolucionario en esa época, yo salí de un medio conservador y de derecha, y conocía mucho a Robert Vallery-Radot, que también era amigo de Bernanos, aun antes que Bernanos escribiera *Bajo el sol de Satanás* y fuera famoso. La guerra de España había sorprendido a Bernanos en Mallorca. Como él pertenecía a la Acción Francesa, yo creía que estaba en el otro bando; por otra parte, su hijo se había enrolado con Franco... Y en 1938 publicó *Los grandes cementerios bajo la luna*. Antes de eso, poco después de mi regreso a París, mis amigos me hicieron saber en el hospital, que Bernanos había vuelto de Mallorca asqueado. Le hablé de ello a Malraux, que me dijo: "Sería interesante encontrarlo, cenar juntos". En el curso de la comida, en un restaurante, en la plaza des Victoires, Bernanos le preguntó: "Pero, a fin de cuentas, Malraux ¿usted no se siente molesto cuando lee *L'Humanité*". Y Malraux le respondió: "Nunca estaré tan molesto como usted leyendo la prensa de derecha porque a pesar de todo detrás de *L'Humanité* están la miseria y la clase obrera". Sí, estoy seguro que en España Malraux combatía verdaderamente por lo que él creía que era justo y por el proletariado. No es

que él idealizara a la clase obrera. En *Los conquistadores* dijo algo así: “El ideal de los revolucionarios es quizá convertirse en burgueses y en tiranos, pero mientras no estén en el poder, están del lado de los vencidos, del lado de los pobres, y yo estaré con ellos”. Ésa es verdaderamente la fidelidad de Malraux. Bernanos lo reconoció. Malraux habla como uno lo imagina, con referencias continuas, con una cultura deslumbrante. Y con mucho humor. Puede ser muy gracioso.

En aquel momento yo era nietzscheano, pero adherido a la liberación que me ofrecía Nietzsche; yo había recibido una educación muy religiosa que luego había rechazado; pertenecía a un medio muy católico por tradición. Para mí, Nietzsche era la libertad. Posteriormente me sorprendió descubrir que a Malraux le atraía el otro aspecto de Nietzsche, es decir que para él la fe, la religión, era una nostalgia. Sufría por la muerte de Dios, mientras que yo me regocijaba. El problema metafísico, el problema de Cristo, era para él muy importante. Todo su personaje se explica, en mi opinión, en función de su desesperación fundamental. Y, créame, incluso si él quiere dejar un pequeño rastro en el mundo, en el fondo él no se engaña con su gloria.

Publicaciones de Para Leer en Libertad AC:

- 1. Para Leer en Libertad.** Antología literaria.
- 2. El cura Hidalgo,** de Paco Ignacio Taibo II.
- 3. Jesús María Rangel y el magonismo armado,** de José C. Valadés.
- 4. Se llamaba Emiliano,** de Juan Hernández Luna.
- 5. Las Leyes de Reforma,** de Pedro Salmerón.
- 6. San Ecatepec de los obreros,** de Jorge Belarmino Fernández.
- 7. La educación francesa se disputa en las calles,** de Santiago Flores.
- 8. Librado Rivera,** de Paco Ignacio Taibo II.
- 9. Zapatismo con vista al mar: El socialismo maya de Yucatán,** de Armando Bartra.
- 10. La lucha contra los gringos: 1847,** de Jorge Belarmino Fernández.
- 11. Ciudad quebrada,** de Humberto Musacchio.
- 12. Testimonios del 68.** Antología literaria.
- 13. De los cuates pa' la raza.** Antología literaria.
- 14. Pancho Villa en Torreón,** de Paco Ignacio Taibo II y John Reed.
- 15. Villa y Zapata,** de Paco Ignacio Taibo II, John Reed y Francisco Pineda.
- 16. Sembrar las armas: la vida de Rubén Jaramillo,** de Fritz Glockner.
- 17. La oveja negra,** de Armando Bartra.
- 18. El principio,** de Francisco Pérez Arce.
- 19. Hijos del águila,** de Gerardo de la Torre.
- 20. Morelos. El machete de la Nación,** de varios autores.
- 21. No hay virtud en el servilismo,** de Juan Hernández Luna.
- 22. Con el mar por medio. Antología de poesía del exilio español,** de Paco Ignacio Taibo I.

23. **Con el puño en alto**, de Mario Gill, José Revueltas, Mario Núñez y Paco Ignacio Taibo II.
23. **El viento me pertenece un poco (poemario)**, de Enrique González Rojo.
24. **Cero en conducta. Crónicas de la resistencia magisterial**, de Luis Hernández Navarro.
25. **Las dos muertes de Juan Escudero**, de Paco Ignacio Taibo II.
26. **Y si todo cambiara... Antología de ciencia ficción y fantasía**. Varios autores.
27. **Con el puño en alto 2. Crónicas de movimientos sindicales en México**. Antología literaria.
28. **De los cuates pa' la raza 2**. Antología literaria.
29. **El exilio rojo**. Antología literaria.
30. **Siembra de concreto, cosecha de ira**, de Luis Hernández Navarro.
31. **El Retorno**, de Roberto Rico Ramírez.
32. **Irapuato mi amor**, de Paco Ignacio Taibo II.
33. **López Obrador: los comienzos**, de Paco Ignacio Taibo II.
34. **Tiempo de ladrones: la historia de Chucho el Roto**, de Emilio Carballido.
35. **Carrillo Puerto, Escudero y Proal. Yucatán, Acapulco y Guerrero. Tres grandes luchas de los años 20**, de Mario Gill.
36. **¿Por qué votar por AMLO?**, de Guillermo Zamora.
37. **El desafuero: la gran ignominia**, de Héctor Díaz Polanco.
38. **Las muertes de Aurora**, de Gerardo de la Torre.
39. **Si Villa viviera con López anduviera**, de Paco Ignacio Taibo II.
40. **Emiliano y Pancho**, de Pedro Salmerón.
41. **La chispa**, de Pedro Moctezuma.
42. **Para Leer en Libertad en la Cuauhtémoc**. Antología literaria.
43. **El bardo y el bandolero**, de Jacinto Barrera Bassols.
44. **Historia de una huelga**, de Francisco Pérez Arce.
45. **Hablar en tiempos oscuros**, de Bertold Brecht.

46. **Fraude 2012.** Antología varios autores.
47. **Inquilinos del DF,** de Paco Ignacio Taibo II.
48. **Folleto contra la Reforma Laboral,** de Jorge Fernández Souza.
49. **México indómito,** de Fabrizio Mejía Madrid.
50. **68: Gesta, fiesta y protesta,** de Humberto Musacchio.
51. **Un pulso que golpea las tinieblas. Una antología de poesía para resistentes.** Varios autores.
52. **1968. El mayo de la revolución,** de Armando Bartra.
53. **3 años leyendo en libertad.** Antología literaria.
54. **El viejo y el horno,** de Eduardo Heras León.
55. **El mundo en los ojos de un ciego,** de Paco Ignacio Taibo II.
56. **Más libros, más libres,** de Huidobro (no descargable).
57. **No habrá recreo, (Contra-reforma constitucional y desobediencia magisterial),** de Luis Hernández Navarro.
59. **Sin novedad en el frente,** de Erich Maria Remarque.
60. **Azcapotzalco 1821. La última batalla de una independencia fallida,** de Jorge Belarmino Fernández.
61. **Los brazos de Morelos,** de Francisco González.
62. **La revolución de los pintos,** de Jorge Belarmino Fernández.
63. **Camilo Cienfuegos: el hombre de mil anécdotas,** de Guillermo Cabrera Álvarez.
64. **En recuerdo de Nezahualcóyotl,**
de Marco Antonio Campos.
65. **Piedras rodantes,** de Jorge F. Hernández.
66. **Socialismo libertario mexicano (Siglo XIX),** de José C. Valadés.
67. **El gran fracaso. Las cifras del desastre neoliberal mexicano,** de Martí Batres.
68. **Rebeliones,** de Enrique Dussel y Fabrizio Mejía Madrid.
69. **Para Leer en Libertad FIL Zócalo 2013.** Antología literaria.
70. **Un transporte de aventuras. El Metro a través de la mirada de los niños.** Antología.
71. **Padrecito Stalin no vuelvas.** Antología.
72. **En un descuido de lo imposible,** de Enrique González Rojo.
73. **Tierra Negra.** Cómic (no descargable).

74. **Memorias Chilenas 1973**, de Marc Cooper.
75. **Ese cáncer que llamamos crimen organizado**.
Antología de relatos sobre el narcotráfico. Varios autores.
76. **Lázaro Cárdenas: el poder moral**, de José C. Valadés.
77. **Canek**, de Ermilo Abreu.
78. **La línea dura**, de Gerardo de la Torre.
79. **San Isidro fútbol**, de Pino Cacucci.
80. **Niña Mar**, de Francisco Haghenbeck y Tony Sandoval.
81. **Otras historias**. Antología.
82. **Tierra de Coyote**. Antología.
83. **El muro y el machete**, de Paco Ignacio Taibo II.
84. **Antología Literaria 2da feria en Neza**. Varios autores.
85. **Cien preguntas sobre la Revolución Mexicana**,
de Pedro Salmerón.
86. **Larisa, la mejor periodista roja del Siglo XX**, de
Paco Ignacio Taibo II.
87. **Topolobampo**, de José C. Valadés.
89. **De golpe**. Antología.
90. **Sobre la luz. Poesía militante**, de Óscar de Pablo.
91. **Hermanos en armas. La hora de las policías comunitarias
y las autodefensas**, de Luis Hernández Navarro.
92. **Teresa Urrea. La Santa de Cabora**, de Mario Gill.
93. **Memorias de Zapatilla**, de Guillermo Prieto.
94. **Práxedes Guerrero y la otra Revolución posible**,
de Jesús Vargas Valdés.
95. **La correspondencia entre Benito Juárez y Margarita Maza**,
de Patricia Galeana.
96. **Espartaco**, de Howard Fast.
97. **Para Leer de Boleto en el Metro (Segunda temporada 1)**.
Antología literaria.
98. **Para Leer de Boleto en el Metro (Segunda temporada 2)**.
Antología literaria.
99. **Los hombres de Panfilov**, de Alejandro Bek.
100. **Diez días que conmovieron al mundo**, de John Reed.
101. **Viethan heroica**. Varios autores.
102. **Operación masacre**, de Rodolfo Walsh (no descargable).

103. **Cananea**, de Arturo Cano.
104. **Guerrero bronco**, de Armando Bartra.
105. **Misterios de seis a doce**, de Rebeca Murga y Lorenzo Lunar.
106. **La descendencia del mayor Julio Novoa**, de Gerardo de la Torre.
107. **Otras miradas**. Varios autores.
108. **Relatos de impunidad**, de Lorena Amkie.
109. **No sabe a mermelada**, de Carlos Imaz.
110. **Conflicto en cuatro actos, el movimiento médico México 1964-1965**, de Ricardo Pozas Horcasitas.
111. **Ciudad Cenzontle**, de José Alfonso Suárez del Real.
112. **Regalos obscenos, lo que no pudo esconder el pacto contra México**. Varios autores.
113. **Con el corazón en su sitio. La historia de los hermanos Cerezo**, de los Hermanos Cerezo.
114. **El pueblo es inmortal**, de Vassili Grossman.
115. **Dos historias**, de Horacio Altuna (no descargable)
116. **Tierra negra 2**. Cómic (no descargable).
117. **El estilo Holtz**, de Paco Ignacio Taibo II.
118. **Julio César Mondragón**. Varios autores.
119. **Abrapalabra**, de Luis Britto.
120. **Los 43 de Ayotzinapa**, de Federico Mastrogiovanni.
121. **Anticipaciones: una mirada al futuro de Nuestramérica**, de Armando Bartra.
122. **Asesinato en la Cuesta de los millonarios**, de Gisbert Haefs.
123. **Terraza Marlowe**, de Bruno Arpaia.
124. **Juárez. La rebelión interminable**, de Pedro Salmerón.
125. **La gran marcha. Reminiscencias**. Varios autores.
126. **Taxco en lucha**, de Aarón Álvarez.
127. **El capitán sangrefría**, de Óscar de Pablo.
128. **Norman Bethune**, de Eduardo Monteverde.
129. **El poeta cautivo**, de Alfonso Mateo-Sagasta.
130. **El hombre de la leica**, de Fermín Goñi.
131. **La balada de Chicago**, de Hans Magnus Enzensberger.
132. **Defendiendo derechos y libertades de los y las capitalinas**, de José Alfonso Suárez del Real.

133. **Las ratas invaden la escena del cuadruple crimen**, de Javier Sinay.
134. **La marca del Zorro**, de Sergio Ramírez.
135. **¿Qué hay que saber sobre la Reforma Educativa?**
136. **La novena ola magisterial**, de Luis H. Navarro.
137. **Banana Gold**, de Carleton Beals.
138. **Libertad es osadía**, de Leonel Manzano.
139. **La jungla**, de Upton Sinclair.
140. **La huelga que vivimos**, de Francisco P. Arce.
141. **Un dólar al día**, de Giovanni Porzio.
142. **Queremos todo**, de Nanni Balestrini.
143. **Pinturas de guerra**, de Ángel de la Calle.
144. **La cara oculta del Vaticano**, de Sanjuana Martínez.
145. **Milpas de la ira**, de Armando Bartra.
146. **Una latinoamericana forma de morir**. Varios autores.
147. **Una antología levemente odiosa**, de Roque Dalton.
148. **Pesadilla de último momento**, de Aarón Álvarez.
149. **CEU**, de Martí Batres.
150. **Un corresponsal de guerra mexicano**, de Guillermo Zamora.
151. **Herón Proal**, de Paco Ignacio Taibo II.
152. **Manifiesto comunista**, de Enrique González Rojo.
153. **Más REVUELTAS. Cinco aproximaciones a la vida de Pepe**.
Varios autores.
154. **Lo que no fue**, de Kike Ferrari.
155. **Damas del tiempo**, de Pedro Miguel.
156. **Mis gloriosos hermanos**, de Howard Fast.
157. **Iván**, de Vladimir Bogomolov.
158. **Antología cuentos**, de Raúl Argemí.
159. **Benita**, de Benita Galeana.
160. **Antología de cuentos**, de Juan Miguel Aguilera y Luis Britto.
161. **La ciudad, la otra** de Raúl Bautista González, SúperBarrio.
162. **La otra revolución rusa, populismo y marxismo en las revueltas campesinas de los siglos XIX y XX**, de Lorena Paz Peredes.
163. **El mundo de Yarek**, de Elia Barceló.
164. **1905**, de León Trotsky.
165. **Los once de la tribu**, de Juan Villoro.

- 166. ¿Qué hacer antes y después del sismo?**
- 167. Romper el silencio**, varios autores.
- 168. Break the silence**, varios autores.
- 169. Caramba y zamba la cosa, el 68 vuelto a contar**, de Francisco Pérez Arce.
- 170. Los que deben morir**, de F. Mond
- 171. La muerte tiene permiso y más...**, de Edmundo Valadés.
- 172. Para fechas vacías que veremos arder**, de Roberto Fernández Retamar.
- 173. Allá en la nopalera**, de Carlos Ímaz.
- 174. Historias sorprendentes**, varios autores.
- 175. La revolución magonista. Cronología narrativa**, de Armando Bartra y Jacinto Barrera.
- 176. Las bolcheviques**, de Óscar de Pablo.
- 177. Cartucho**, de Nellie Campobello.
- 178. Cuadernos desde la cárcel**, de Ho Chi Minh.
- 179. La frontera**, de Patrick Bard.
- 180. La Gran Revolución Francesa (Tomo I)**, de Piotr Kropontkin
- 181. La Gran Revolución Francesa (Tomo 2)**, de Piotr Kropontkin
- 182. No digas que es prieto, di que está mal envuelto**, de Fabrizio Mejía Madrid.
- 183. El voto fue unánime: estabamos por la utopía memorias del 68**, de Tariq Ali.
- 184. Vidas exageradas**, de José Manuel Fajardo
- 185. La desaparición de la nieve**, de Manuel Rivas.
- 186. Derrotas que hacen historia. La Comuna de París**, de Armando Bartra.
- 187. Los nuevos herederos de Zapata**, de Armando Bartra.
- 188. Aquí manda la escoba**, de Óscar de Pablo.
- 189. En la guerra de España**, de André Malraux.

Descarga todas nuestras publicaciones en:
www.brigadaparaleerenlibertad.com

Este libro se editó en la Ciudad de México
en el mes de enero del año 2019.

Todos los derechos reservados.

El contenido de la publicación es responsabilidad
exclusiva de Para Leer en Libertad A.C. y no refleja
necesariamente una posición de la RLS.